

La tablilla micénica
(Julio Valdemar)

Los objetos consiguen a las personas, son ellos quienes nos buscan y no nosotros. Esta frase que hace tiempo yo leí, escéptico, en una novela explicaría el impulso que me llevó a coger una milenaria tableta de arcilla en el Fitzwilliam Museum. Y aún más: los acontecimientos que precedieron al instante fatídico, así como la idea nacida de ese acto espontáneo me demuestran ahora la verdad de esta sentencia.

El último o penúltimo de esos acontecimientos con los que la tablilla acabó de buscarme fue mi llamada telefónica de ayer al profesor Miller. Tras ella, durante toda la mañana, paseando por las calles de Cambridge, mientras mi mujer y yo recorrimos juntos el Jesus College –nos separamos un buen rato, cuando ella se quedó en el jardín y yo me fui a la capilla- y hasta que acabamos la visita al Fitzwilliam Museum, Ana estuvo repitiéndome lo que ya me había dicho antes del viaje y yo tenía olvidado: el profesor había comido una paella en casa de mi madre, invitado por mi hermano, su anfitrión, cuando estuvo en Barcelona hace unos diez años. Que el eminente micenólogo correspondiera a la paella de mi madre del modo en que acababa de hacer lo convertía en un desagradecido.

Ahora, encerrado aquí yo solo en este calabozo –a mi mujer no la han detenido-, todo lo hablado ayer repica con tenacidad absurda en mi mente. Son las cinco de la tarde y el frío húmedo, siempre intenso, aumenta al comenzar la noche temprana.

* * *

Esta mañana ha venido mi mujer. La esperaba y también deseaba que no viniese. Quería verla, sentirla conmigo, y al mismo tiempo abismarme en su ausencia definitiva. Quedarme solo ya, no dentro de unos días otra vez, en ese continuo ir y venir que es su vida. “Es inocente. Somos inocentes. He’s guiltless, inculpable!”, les

ha gritado a los policías. Ellos la han mirado y la han oído imperturbables. “Tienen que oír la grabación de tu llamada”, ha dicho de pronto. “¿Pero acaso las llamadas telefónicas se graban?”, le he contestado. “Sí, muchas sí, o todas. Hay un espionaje permanente. Y a Miller seguro que lo espiaban”. No la he creído, claro. “Mi llamada preparada desde Barcelona”, he pensado. Durante días planeé cómo evitar horas incómodas con el matrimonio Miller. Ideé que lo mejor sería no telefonearle hasta el último momento, justo recién llegado a Cambridge. En el *college* no estaba, así que telefoneé a la casa. Al tercer tono una voz lejana pero clara contestó: “Hello”. Pronuncié la frase aprendida en el *Oxford Pocket*: “Hello. Could I speak to professor Miller?” Era él. Le dije quién era yo: el hermano de Luis Suárez. Le pregunté por su reciente operación de cadera y me respondió que se encontraba bien. El diálogo fue transcurriendo con frases torpes mías y con lamentos del profesor por no poder acompañarnos a visitar el *college*. Repetía sus disculpas: que no podía salir de casa, que su mujer había ido a comprar víveres. No nos invitaba a visitarlo; la conversación no avanzaba. Le sugerí que podríamos acercarnos a su casa a saludarlo. Sin vacilar, contestó: “I think this is not a good idea for you” o algo similar. Tuve la osadía de insistir una vez pero la respuesta fue idéntica. Le dije que no se preocupara (“Don’t worry, don’t worry”), antes de concluir, por fin, con un chasqueado *goodbye*.

“La grabación de esa llamada en manos del juez –insistía mi mujer- es la prueba que necesitas; ¿no te das cuenta? Una prueba irrefutable, corazón”. Sí, el inspector ha inferido mi culpabilidad del único indicio: el del visor del teléfono de los Miller, que registraba el número de mi móvil como última llamada recibida antes del asesinato, el número que les permitió localizarme a la salida del Fitzwilliam Museum, donde fui detenido bajo la acusación de homicidio, y desde donde se me llevó a la casa –toda ella revuelta: cajones registrados; libros por los suelos; ficheros y archivadores

volteados-. Allí la policía me señaló mi número en el visor de aquel teléfono cuyo cordón rodeaba el cuello estrangulado de Miller sentado en su sillón, a quien tuve que mirar horrorizado –como debe haberlo visto su mujer al volver a casa-, conminado a enfrentarme al rostro tumefacto y cianótico del cadáver.

“He hablado con tu hermano. Seguramente estará ya en camino”. Cuando ella ha disparado a los policías las preguntas sobre el tiempo que van a tenerme aquí, sobre el habeas corpus, ellos han respondido que esta tarde aparecerá el abogado de oficio poco antes de que el juez me tome declaración. Mientras sus voces llegaban cada vez más débiles a mi cerebro, éste iba concibiendo la idea que en este momento ya tengo elaborada.

“Vete a Barcelona. Prométeme que cuando llegue mi hermano tú te irás”, le he dicho. Y antes de que reaccionase me he dado la vuelta, he andado los cuatro pasos hasta el fondo de la celda y me he quedado allí de pie, contra la pared, como una estatua que era carne viva escuchando su triste adiós.

* * *

“Los objetos consiguen a las personas, son ellos quienes nos buscan y no nosotros”. ¡Qué destello, qué fulgor para encabezar la confesión a mi abogado y la declaración al juez! Luego, sin pausa, continuaré: “Sin que se percatara mi mujer, pues nos habíamos separado al entrar yo en la capilla del Jesus College mientras ella deambulaba por el jardín, fui a casa del profesor Miller. Estaba solo. Lo sorprendí estudiando una tablilla cuya posesión trató de justificar aunque yo no le inquirí por ella. Comprendí el valor de esa pieza grabada en lineal B e intuí la comisión de un delito. Miller se sintió repentinamente indispuerto. Lo ayudé a levantarse y lo acompañé al aseo. Vi la tablilla sobre la mesa del despacho; me acerqué y la cogí, guardándomela en el bolsillo del

chaquetón. Volví a la *toilette* cuando ya Miller salía, aparentemente recuperado. ‘It’s nothing. I’m well. You don’t care. Please, sorry, I would like to rest’, iba diciéndome mientras me acompañaba hacia la puerta de la casa, que abrió enseguida. Entonces, una fatal premonición dirigió su mirada al gabinete: no vio la tablilla. Renqueando, llegó hasta la mesa y se desplomó en la butaca observándome hipnotizado. Corrí hacia Miller, que seguía paralizado, agarré el cordón del teléfono y lo estrangulé. Fue fácil y rápido. Un instinto protector movió mis manos para abrir cajones, fingir su registro, tirar libros por los suelos, voltear ficheros y archivadores. Regresé al Jesus College. Mi mujer, muy molesta, me preguntó dónde me había metido. ‘Vámonos, es tarde’, respondió irritada. Fuimos al museo. Ella bromeaba todo el tiempo sobre mi frustrado plan para visitar al profesor; yo le sonreía acariciando la tablilla, oculta en el bolsillo. Con la certeza de que su inscripción es clave para interpretar la escritura micénica, se la robé a Miller para entregársela a mi hermano, pero una vez en el interior del Fitzwilliam temí ser descubierto. La brusca aparición de una guardiana sacando a un visitante de una sala clausurada en que se había colado acrecentó mi inquietud. Decidí librarme del objeto. Lo deposité en una papelería. Si buscan en esa papelería, encontrarán la tablilla”.

Y darán con ella, pero nunca, o no antes de que yo viva en la cárcel el amor y la entrega de los otros, podrán saber que sólo estuve en la casa del Dr. Miller cuando me llevó la policía, que esa tablilla, en un impulso inexplicable, la cogí de entre los objetos almacenados en una de las salas del Fitzwilliam.

Para entonces habré aprendido de algún recluso sabio las virtudes de la soledad, y el dolor se habrá transformado en vacío.

Juan Varias